

APUNTES BIOGRÁFICO-CRÍTICOS

PARA LA

Historia del gran Maestro y Concertista de la Guitarra TÁRREGA

por el Presbítero

Don Francisco Escóin Belenguer

Beneficiado-Organista

de Santa María

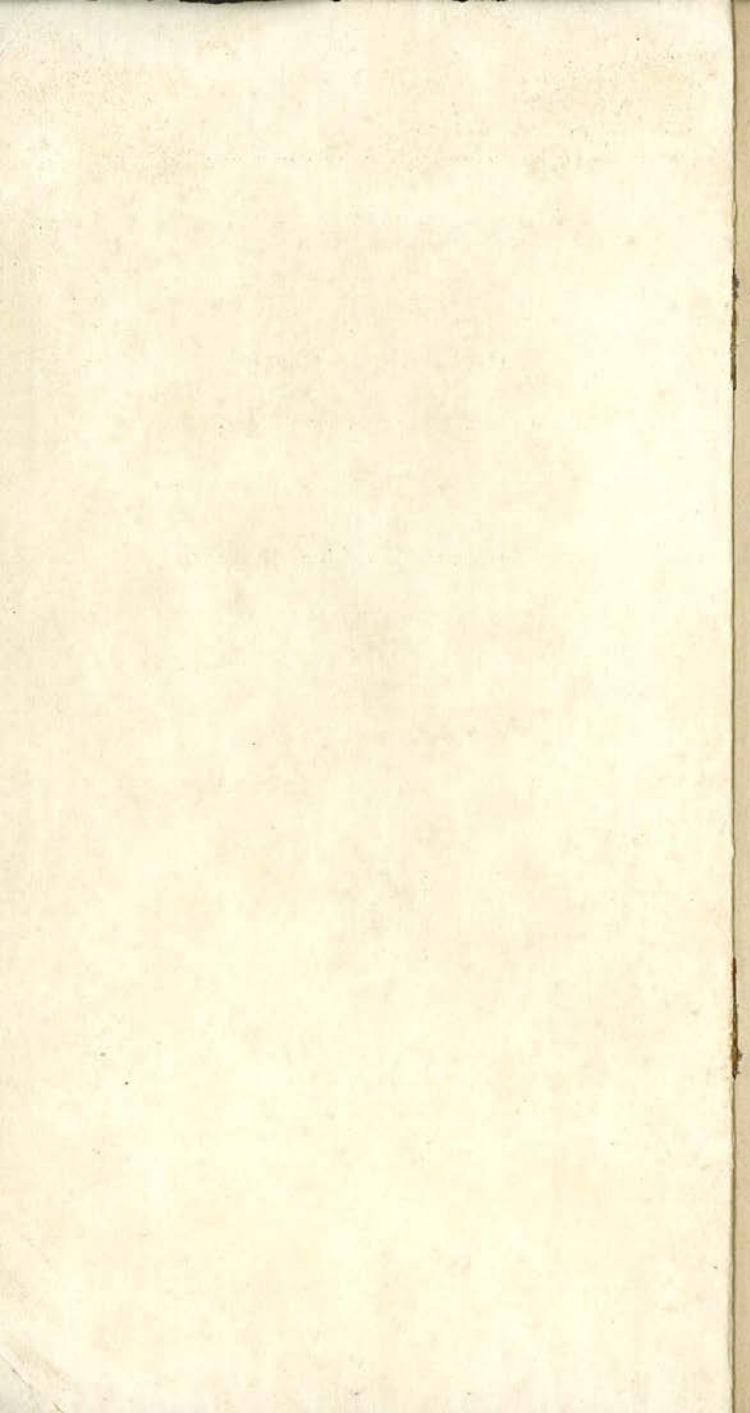
de Castellón de la Plana



CASTELLÓN

Imp. de J. Barberá

AÑO 1918



R. 1.749

F. 14
25

APUNTES BIOGRÁFICO-CRÍTICOS

PARA LA

Historia del gran Maestro
y Concertista de la Guitarra TÁRREGA

1717

por el Presbítero

Don-Francisco Escóin Belenguer

Beneficiado-Organista

de Santa María

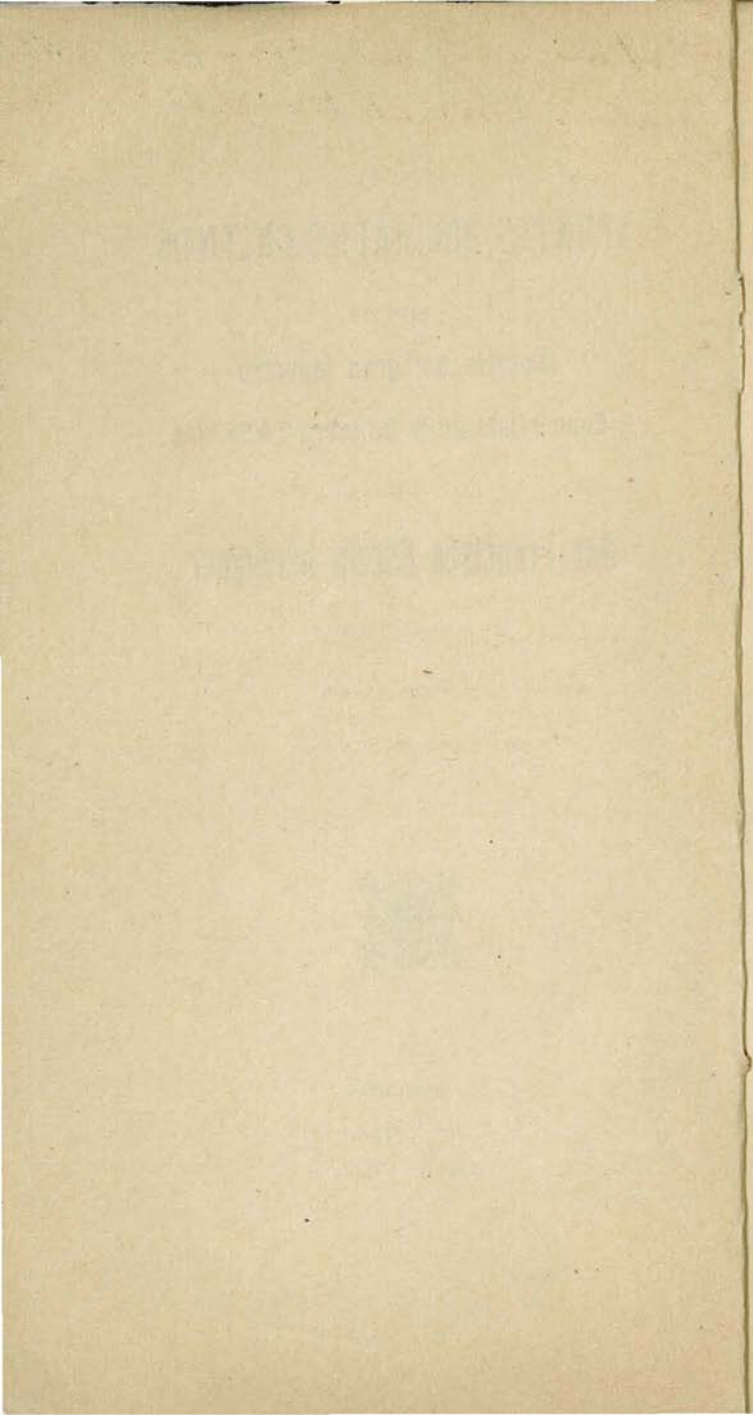
de Castellón de la Plana



CASTELLÓN

Imp. de J. Barberá

AÑO 1918



A mi muy querido amigo, y biblio-
terario y culto instructor, D. Luis Revue
y otros, en prueba de cariño

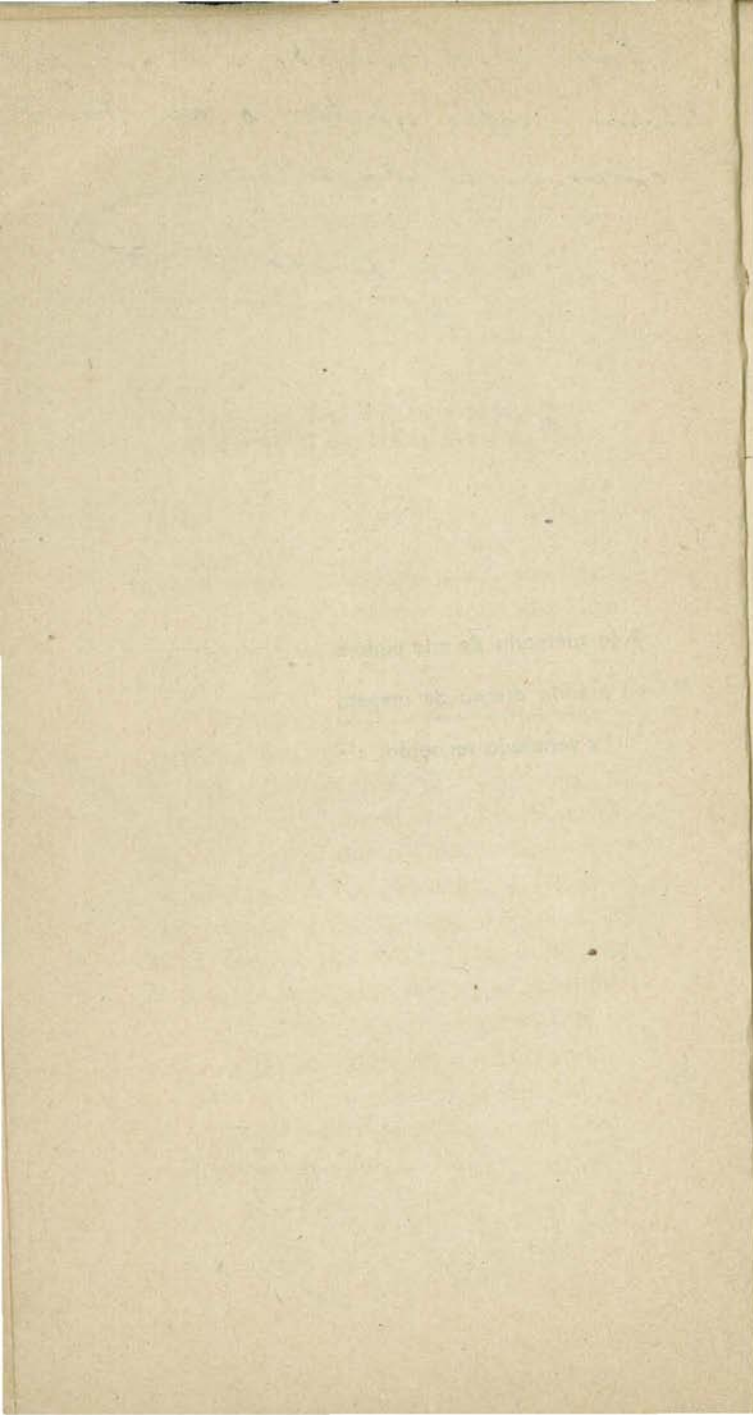
El Autor

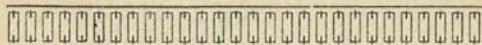
Castellón 7 Aho 29-718

A la memoria de mis padres

en prenda eterna de respeto

:: y venerado recuerdo ::





A GUISA DE PRÓLOGO

Nunca como ahora, parece se hayan intensificado tanto los estudios artísticos, para despertar la educación de los sentimientos.

Bien dijo el gran León XIII, que después de Dios, nada había como el Arte.

Pero como hay gradación entre las Artes Bellas, y la bondad de las mismas estriba precisamente en la mayor afinidad que puedan tener respecto al ideal que se persigue, necesariamente la música ha de acercarnos más a la fuente de la eterna Verdad e incomparable belleza, porque es la única que habla al alma en el lenguaje místico de la contemplación.

Por eso nos acerca más a Dios.

Ahora bien, lo bello, manifestación

de lo verdadero y perfecto, ha de hallarse identificado con la unidad; de ahí que llevará siempre el sello característico de lo sublime, para que el hombre, destello de la omnipotencia divina, eleve al cielo sus plegarias, y entone cánticos de honor y alabanza al Hacedor inefable de las maravillas de la Creación.

De donde resulta, que la música siempre será el imán que despierte las fibras de nuestro organismo, y el mejor medio para exteriorizar las emociones de que el alma es capaz en los diversos estados de la vida humana.

Si en el desarrollo e incremento de las facultades anímicas han intervenido otros factores que aquellos que imprimieron al ser su fisonomía característica, convengamos en que una sensación ha sido la causa de aquel fenómeno, hasta el punto que si a la experiencia nos atenemos—salvo raras excepciones—siempre habrá un germen vital que hará vibrar las fibras del sentimiento en aras de un fenómeno psíquico que nos causará placer en las horas

del gozar más atractivo e imprimirá la huella del dolor en las horas del sufrimiento.

Y si a todo ello hacemos subir en quilates el valor que presta a la voluntad una inspiración sublime y una concepción fecunda para explayar el sentimiento humano ¿no producirá mayores satisfacciones en el ánimo del sujeto, que vé su idea cariñosa nimbada con las exquisiteces del Arte a través del hermoso ropaje de la polifonía clásica, cuanto más nos elevemos en orden al ideal de soberana grandeza?

Abramos la Historia del divino Arte; escojamos entre otros a Bethoven, Mozart, Ayden, Meledelsohon, etc., y veámosles ya niños interpretando composiciones clásicas entre los artistas de su época, y con el precoz talento musical de aquellos soberanos del Arte, veremos augurios de días felices, en los que se puede admirar, en verdad, lo que puede una educación artística para un hombre que ha nacido ya con la aureola del artista.

Sigamos con la polifonía tradicional

y ante aquellos genios que se llamaron Morales, Cabezón—el divino ciego,— Palestrina, etc.; admiremos aquellas *catedrales* de armonía, con sus intrincados laberintos contrapuntísticos y con sencillez natural elevar sus cantos al cielo, bebiendo en las fuentes de inspiración que nos legaron los iniciadores de un Arte que forma, de su constitución íntima, un *culto* y de su incomparable grandeza, una *religión*.

¿Quién, pues, no admirará los progresos que el Arte musical en sí encierra, para entusiasmarse con las producciones del genio?

¡Gloria a tantos Maestros que forman parte de una galería tan suntuosa como la del divino Arte, y paz y honor a aquellos que cultivan con entusiasmo sin límites los sentimientos del hombre, en el taller fecundo de la educación, para ofrendar al Arte sus esfuerzos todos, en beneficio de aquellos que nos guiaron por los senderos del bien, encauzando nuestras inteligencias por los caminos de la verdad, haciéndonos sentir las influencias benéficas de las Be-

llas Artes, en provecho único de la educación integral.

Apuntes biográfico-críticos del Maestro Tárrega

I

Se ha dicho en verdad, que la Música es el Arte del sentimiento.

A poco que estudiemos la naturaleza psíquica de las acciones humanas, envolviendo en este concepto las gradaciones que experimenta la educación de la voluntad, llegaremos a la conclusión, de que en tanto nos acercamos a la consecución de nuestro ideal, en cuanto más nos elevemos para despertar en nosotros el sentimiento de lo bello.

Ahora bien; lo bello, en cuanto es concreción armónica de un ideal, despierta en nosotros anhelos de grandeza, manifestaciones de algo que sublima nuestra alma, acercándonos hacia el fin que nos proponemos; y si esta grandeza y noble aspiración, corre parejas con la adquisición de la verdad, la ver-

dad será el ideal supremo del artista, al concebir sus magníficas producciones, fruto de la fecunda inspiración que solo es don de Dios.

Y si las Bellas Artes tienden a la contemplación de lo que forma la idea arquetipo de las grandezas humanas, la Música sobre todas, llenará a satisfacción tan hermosas aspiraciones, porque hará sentir más hondamente las emociones de la vida, con los grandes resortes que la sensibilidad sabe imprimir al contemplar las bellezas rítmicas que con dulces y suaves emociones, ocasiona la admiración del Arte, en la forma más apacible, más sonora, más íntima, más *humana*, diré yo, entre las que forman el majestuoso cortejo que llevan consigo las bellezas de las Artes, en todas sus manifestaciones.

No quiero abusar en abono de mi tesis, de las afirmaciones categóricas que sobre el asunto declararon en la antigüedad Cicerón, el divino Platón y Aristóteles; ni las *quasi* sentencias de los Doctores de la Iglesia San Agustín y el Crisóstomo; ni tampoco hacer

mención de las innúmeras que han prodigado sobre la excelsitud de la Música con relación a las demás Bellas Artes, hombres tan eminentes como el gran Palestrina, Victoria y Cabezón; descolando entre todos J. Sebastián Bach y el *revolucionario* Wagner, en sus estudios sobre las bellezas de la Música; sólo sí diré, que nuestro incomparable Ramón Lull y el gran Luis Vives, hacen obra de educación estética la enseñanza de la Música, como el medio más eficaz para la educación del sentimiento; y si todo ello viene a probar su excelsitud, por manera majestuosamente grande como dice el gran Maestro de Maestros D. Felipe Pedrell, la labor que nos tracemos en este ligero bosquejo, que vamos a esfumar, no será quizá, lo positivamente práctica que se requiere para presentar a las generaciones, la personalidad artística de un hombre, que pasó como relámpago en su vida artística, admirando a las naciones que visitara con el mágico *decir* de su instrumento moro, porque apenas si puede enfocarse su figura en la cá-

mara fotográfica, por el gran relieve que alcanza su personalidad artística en el vastísimo campo de la investigación crítico-musical; pero sí, con atrevimiento; penetraré hasta escudriñar el secreto de su arte, para esbozar la figura simpática del mago de la guitarra, de aquel eterno soñador—sí, soñador del ideal—; de aquel insigne *bohemio* que todo lo sacrificó en aras de su Dulcinea, la Musa misteriosa de sus encantos, la noble fascinadora de su imaginación, la bella enamorada de las grandezas infinitas, oculta bajo los célicos encajes de la diosa de la inspiración.

Hablemos, pues, de D. Francisco Tárrega y Eixea; estudiemos su vida, acompañémosle en alas de su deseo por el campo de su vida artística; escuchemos con silencio sus maravillosas obras y levantemos su personalidad artística sobre el pedestal de su grandeza para que la Historia perpetúe su memoria, grabando en letras de oro su nombre inmortal, y su patria y sus admiradores, discípulos y amigos, no sien-

tan más la nostalgia que produce el olvido de los grandes hombres que merecieron bien de sus semejantes, para después reinar en el libro de la Historia con la aureola de la inmortalidad.

El hombre

Al hacer el estudio de la vida de este artista, muéveme el interés de honrar la memoria de un hombre que casi pudo decirse vivía olvidado de los suyos, por no poder comprender la potencialidad de su gran ingenio, encerrado en los estrechos límites de una figura, no diré llena de aquellos atractivos que a las criaturas Dios concede en el orden de la naturaleza, pero sí saturado de una bondad sin límites, desprovista de todo ropaje que no fuera el natural atavío de un hombre que a sí sólo se quiere engrandecer; añádase a ésto el acompañamiento de su favorito instrumento, ya por sí solo, digno de figurar en aquellas reuniones en donde el placer

y la orgía tienen su asiento, para ser el indispensable compañero de mesones y tabernas, y se comprenderá fácilmente la poca estima que de su arte se hiciera, en muchas partes, en donde la cultura musical anda reñida, al parecer, con los adelantos que exigen las corrientes modernas en ciertas esferas de las diversas capas sociales en que el mundo se halla envuelto.

Por otra parte, la crítica histórica exige cierto método riguroso en las investigaciones modernas, y en ello hemos de sujetar nuestro criterio al escrupuloso sentir de esta ciencia que hoy reclama con derecho el digno lugar que de justicia le corresponde; con todo ello no pretendemos decir la última palabra sobre la vida de nuestro biografiado, pero sí apuntar lo que de veras corresponde a su personalidad musical y de este modo aportar nuestro grano de arena al monumento artístico que debemos levantar a la memoria de tan gran hombre, de tan modesto artista, del incomparable maestro de la guitarra.

II

El niño

Villarreal de los Infantes, en la provincia de Castellón, tuvo la suerte de recibirle en sus brazos, cuando abrió sus ojos a la primera luz.

Deshechos cuantos cálculos se hacían sobre la verdadera cuna del gran Tárrega, atribuyendo muchos su origen a la ciudad de Castellón de la Plana, solo porque en ella había vivido por muchos años su familia, y contando aquí con que su educación primera la recibiera en aquella ciudad, queda de hecho confirmada su verdadera patria, en la copia del Acta de Bautismos que en el Archivo parroquial de la Arciprestal de Villarreal se halla, cuando al pie de la letra dice así:

«Domingo día veinte y uno de Noviembre de 1852, en la iglesia parro-

quial de Villarreal, obispado de Tortosa, provincia de Castellón, yo, el infrascrito subvicario propio de la misma, bautizé solemnemente a Francisco, hijo legítimo y natural de los consortes Francisco Tárrega, natural de Castellón y Antonia Eixea, de ésta. Abuelos paternos Salvador Tárrega y Vicenta Tirado, de Castellón, y maternos Vicente Eixea y Rosa Broch, de ésta. Nació hoy a las cuatro de la mañana en la plaza de San Pascual. Madrina fué Catalina Tomás, a quien advertí el parentesco y obligaciones que en este acto había contraído.—SEBASTIÁN BRAU.
— Rubricado. »

Bien se vé por lo que antecede el interés de los de Castellón en que ésta fuera su ciudad natal, mas puede no obstante, estar orgullosa, porque si no fué la primera que le recibiera en sus brazos, le guardó siempre un profundo respeto cual si fuera uno de sus hijos más preclaros, más distinguidos, entre los que forman la gran familia de hijos ilustres de Castellón de la Plana.

Poco tiempo después de nacido el

niño Francisco, hijo de padres humildes, pobres, pero honrados si los hay, único patrimonio que poseían, al año próximamente, se traslada la familia a Castellón, en donde su padre recibe un modesto empleo en la Casa provincial de Beneficencia, con el fin de atender a las necesidades de la familia.

Tranquila se desliza la vida del niño, pero no lo apacible que debiera, pues su naturaleza débil, enclenque y raquítica, y la enfermedad que en su vista empieza a desarrollarse, hacen del niño que siga en su temperamento concentrado, melancólico, triste, la necesidad de distraer sus ratos de ocio, en algo que aminorar pudiera aquella constitución enfermiza, y dominar su carácter, con aquellas sonoridades del instrumento que con tanta destreza después dominó.

Once años de edad tenía, cuando adquiridas las primeras nociones escolares, sentía impulsos de hacer algo, con que subvenir a sus necesidades; había por aquella época, año (1863-1864) un célebre tocador de guitarra en Cas-

tellón, que era conocido con el nombre del *Sego de la Marina* (¿sería quizá porque fuera oriundo de los pueblos de nuestra provincia hermana Alicante?); pero es lo cierto, que sintiendo afición por la música, de aquel buen hombre llamado Manuel González, recibió las primeras lecciones de guitarra, y poco a poco fué despertándose aquella naturaleza aletargada por su natural manera de ser, para sentir después las suaves impresiones de las melodías arrancadas de su ya querido instrumento, alentado por los excelentes consejos de un patricio ilustre de Castellón, de aquel buen hombre que se llamó D. Basilio Giner, indiscutible autoridad en materias de guitarra, como dice su ferviente adorador y amigo Dr. D. Nicolás Forés, al diputarle ya como verdadero y extraordinario caso de precocidad artística, y digno, por consiguiente, de toda protección generosa como de hecho se la tendió, y oyendo a la sazón un concierto dado por el célebre guitarrista Arcas, fué tanto lo que le impresionó, que de-

seó imitarle, hasta lograr ser su discípulo en Barcelona, donde residía, y no perder detalle en el difícil aprendizaje del mecanismo de este instrumento.

III

Primeros estudios

Nos cuentan las historias que siempre los nobles han dedicado especial protección a los artistas, y ya los enamorados de la poesía, como los adoradores de Apeles, han visto prodigar a manos llenas los favores de aquella rancia aristocracia que tan en boga puso a nuestros ilustres clásicos de la época esplendorosa de nuestras letras patrias en los siglos de la Edad de oro.

No podía, pues, faltar a nuestro biografiado el apoyo de un noble, que con altruismo digno de todo elogio, puso a cubierto las necesidades de este artista, brindándole protección; fué este ilustre

noble, el gran prócer conde de Parcent, quien dispensándole favores para hacer crecer aquellas energías artísticas, le envió a Valencia en donde pudo llegar a obtener conocimientos técnicos que muy pronto habían de dar óptimos resultados para la historia del Arte; mas cuando mayores se hacían aquellos favores, que la necesidad imperiosamente demandaba, muere el conde, y en tan apremiante estado, no tuvo más remedio que dejar la ciudad de D. Jaime, el gran *Conqueridor*, y sentar sus plantas en Burriana, limitándose a dar lecciones de guitarra, y en espera de ocasión propicia en que poder cultivar de nuevo aquellas iniciativas ya en marcha para proseguir su carrera musical.

La Providencia, que vela siempre los pasos todos de la vida, hizo que otra mano caritativa y generosa abriera sus caudales e hiciera multiplicar los talentos almacenados en aquella inteligencia, casi pueril, en la persona de su protector y amigo D. Antonio Conesa. El nombre de esta alma ejemplar no debe pasar en olvido para los amantes

de la música, porque sin su desprendimiento, quizá no hubiéramos podido apreciar en lo que de justicia merece la cultura musical del ingenioso artista Tárrega; con ello, pues, se le facilita el viaje a Madrid, y puesto bajo la dirección acertada de los grandes Maestros de aquella época, Galiana y Herrando, estudia la teoría del Arte musical, los difíciles conocimientos técnicos de la Armonía, logrando positivos éxitos que pronto se dieron a conocer.

En efecto; en la Corte se le abren las puertas de los salones de aquella sociedad aristócrata, que tan acostumbrada estaba en el medio-ambiente de la música clásica; en los innúmeros conciertos que las eminencias musicales, sabían allí dar a conocer, y saturado el hombre niño, el Maestro Tárrega, del virtuosísimo de los clásicos músicos, no tiene inconveniente en hacer ostentación de las grandes cualidades que encerraba su vida de Artista; y en los teatros de la Alhambra, Comedia y Cervantes, arrastrado en alas de su ingenio singular, logra arrancar aplausos

de aquel público que no conocía las exquisiteces que pueden saborearse al pulsar un instrumento de mecanismo tan difícil y de efectos tan maravillosos.

IV

El joven

Poco tiempo después, en el año 1878, es llamado a Barcelona para dar otros conciertos, atraída la ciudad de los Condes, por los halagadores aplausos que de Madrid llegaban en fuerza de su talento; y puede decirse desde este momento, que la fama musical de Tárrega quedaba ya asegurada y la justificación de su arte, solemnemente consagrada. Desde entonces, ya va adquiriendo su fama de artista una personalidad definida; ya puede desenvolverse a sí mismo; ya el Arte que desconoce fronteras, puede volar a otras regiones; ya

puede visitar las principales capitales y poblaciones de Europa cabe la sombra benéfica de su adorado instrumento, seguro de que allá donde repose su raudo vuelo, adquirirá los honores del triunfo, consagrará una vez más su fama, consolidándose ésta, a medida que deje oírse de las multitudes en sus inimitables conciertos, y París y Londres, Berlín y Viena, Roma etc. etc., y otras poblaciones de importancia, se disputarán la gloria de haberle hospedado, para después tener el noble orgullo de haber admirado las mejores notas vibradas al impulso de un amor que sólo los apasionados podrían en parte comprender. Ya no es Tárrega el imitador de D. Basilio Giner ni mucho menos del *Sego de la Marina*, ya no es el admirador del entonces reconocido por único, maestro Arcas; se ha operado una transfusión de sentimientos entre el Artista y su instrumento, que no da lugar a duda, la impresión de sorpresa que encanta al esfumarse su silueta, encariñado con las producciones que ejecutaba, transformado en

otro *yo*, para ver si era Tárrega el que arrancaba a las cuerdas aquellos sonidos, ora vibrantes, ora melancólicos, ya terribles, ora suaves, según el estilo que campeaba en las obras por él sentidas.

Desde este momento, Tárrega es el maestro de fama que recorre el mundo en aras de un ideal; como el caballero de la Edad Media cuando va en busca de la dama de sus amores, para postrarse reverente a sus pies y ofrendarle las ternuras de su corazón, así Tárrega va en busca de su Arte, que era muy suyo, muy personal hasta confundirse en las sensaciones de su alma eminentemente soñadora.

V

Su matrimonio

Mas no por todo esto, Tárrega ha perdido los sentimientos de la Naturaleza, olvidando sus fines; como buen

artista, su corazón se siente atraído por el amor, ama y adora a una mujer y ésta ha de dulcificar su hogar en las horas de amargura, en los ratos del desengaño, en las veleidades de la sociedad; Tárrega ama y adora, siéntese preso en las redes inconsútiles, en las mallas del amor, y si antes la música le encanta y persuade, ahora una mujer buena, santa y también artista, es la que, cautivada por las bondades de un alma generosa, quiere que Cupido con oportuna y constante sagacidad, pueda unir aquellos dos corazones hasta el momento que, cabe las aras del altar, ofrendarán a Dios sus vidas para consagrarse amor eterno, puro y desinteresado, hasta que sus almas se unan otra vez allá en la eternidad.

Fué esta mujer buena D.^a María Rizo Ribelles, la que en el día 29 de Diciembre de 1891 prestó el juramento de fidelidad, uniéndose con los lazos indisolubles del matrimonio, en la parroquial iglesia de San Pedro, de Novelda (Alicante) con nuestro gran artista.

Desde este momento solemne de su

vida, Tárrega compartirá sus tareas entre los admiradores de su Arte, y las obligaciones de su hogar; éste se verá santificado con frutos de bendición, que harán retoñar en su alma los sentimientos cristianos, que sólo la mujer católica, esposa amantísima y madre ejemplar, con sus ternuras y encantos, con sus caricias y consejos, pueden transformar el hogar cristiano en antecámara de la Gloria.

De esta bendita unión hubo cuatro hijos; dos que volaron al cielo para cantar alabanzas eternas al Dios de los Amores en los primeros albores de su infancia, y otros dos que viven, Francisco y María, que en la actualidad se encuentran, él en Barcelona, y ella con su madre y tío Vicente Tárrega—otro artista de violín—en la calle de González Chermá, número 105, 2.º, en donde juntamente los tres trabajan para Castellón haciendo Arte, enseñando con su técnica acabada, el piano y violín, alcanzando justo renombre por sus conocimientos musicales, no extinguiéndose la fama de artistas que dignamen-

te ostentan, para bien propio y de la cultura musical.

El Maestro ha llenado el deber a que la vocación a un estado Dios conduce; si hasta ahora fué un buen artista, hoy será un mejor padre; no de otra manera se concibe más que consagrando al Arte sus nobles sentimientos de abnegación y cariño; y en la vida doméstica será un esposo ejemplar, confirmando la fé que a su esposa le jurara al recibir la bendición nupcial.

No pretendo contar los encantos de la vida del Maestro Tárrega en su fase familiar; las anécdotas, impresiones, contratiempos, etc., que por entonces se deslizaron, entiendo que no deben llenar las páginas de un estudio, en un hombre, cuya personalidad musical eclipsa — por así decirlo — las nimiedades de la vida, en un hombre que ya no se debe a sí mismo; aquellos recuerdos, bueno es que se conserven archivados en la familia, como ejecutoria, si se quiere, de la firmeza de un carácter; quizá muchos actos de ellos vayan formando como la secuela de la formación

de un hombre; pero cuando las acciones humanas van ya encauzadas de manera que la personalidad de un hombre quede ya cimentada, su vida privada será únicamente una variante de escasa importancia, comparada con la que reviste su grandeza espiritual.

Así es, que de intento, omito varios de éstos que pudiéramos llamar incidentes de la vida, porque la grandeza de Tárrega estriba precisamente en la suprema generosidad de su alma eternamente enamorada de su música y de su instrumento.

VI

Su muerte

Y así fué viviendo nuestro incomparable artista entre sus dos grandes amores, hasta que aquella, su naturaleza enfermiza, siente flaquearse a impulsos

de una enfermedad que le llevará al sepulcro. Envejecido por los achaques, más bien que por los años, vendrá a ser víctima de una semi-parálisis, que quizá tronche en parte las ilusiones juveniles de su alma para este gran creador de un arte nuevo; sentirá ligeras emociones por los embates de la enfermedad; pero todavía se sentirá con energías para recrear su espíritu, arrancando a las cuerdas el suave vibrar de sus sonoras notas; aquello todavía le engañará para sentirse rejuvenecido en sus años; pulsará de nuevo la guitarra e imprimirá en ella ardorosos besos, que saldrán de los pliegues más recónditos de su alma, para suspirar después por la desgracia inmensa que se le espera, si no hay posibilidad de aminorar su mal.

D. Francisco Tárrega, pagará su tributo a la muerte.....

Y el 15 de Diciembre de 1909, rodeado de los suyos, después de haberse agotado los recursos todos de la Ciencia humana, descansa en el Señor, el alma de un hombre, cuyo recuerdo

permanecerá imborrable en la memoria de los hombres, porque su alma vibró siempre al compás de un supremo ideal; prototipo de belleza; arca eterna de verdad, Dios.

.
.

VII

Recuerdos póstumos

Pocos años después, en el 1915, en Diciembre, previas las diligencias necesarias entre las respectivas autoridades de Castellón y Barcelona, con las rúbricas y trámites de rigor, se consigue trasladar sus restos mortales a Castellón, en donde reposan sus cenizas en el nicho de la fila 3.^a, número 79, grupo 2.^o, esperando que el Excmo. Ayuntamiento de Castellón disponga lo necesario para darle sepultura definitiva.

Es de lamentar—y en ello no va cen-

sura para nadie—que no haya sido colocada, al menos, una modesta lápida que indique el lugar de respeto que merecen sus cenizas

Por otra parte, Castellón tuvo la gloria de recibir sus restos mortales, con todos los respetos que la fúnebre ceremonia requería; la importante revista *Arte y Letras*, con su Director, entonces, Sr. D. Jaime Bellver (Fernandito Calpena) editó un número extraordinario, con las firmas mas prestigiosas en la república de las Letras y las Artes, que hoy tienen nombre; aquello permanecerá en la memoria de todos los hijos de esta noble ciudad, por la manifestación de simpatía que quizá ya nadie más volverá a tener, si se tiene en cuenta lo heterogéneo de aquél acto, tan íntimamente unido a la Historia de este pueblo, que tan dignamente supo ostentar el cariño que por sus buenos hijos siente.

Después, unos pocos amigos, admiradores de su Arte, sintiendo no ver realizado su sueño dorado, levantando un monumento digno de su memoria,

casi *furtivamente*,—diré con atrevimiento—sin que nadie pudiera apercibirse, reúnen algunas pesetas, y encargan a otro paisano artista de Castellón, el Sr. Adsuara, un busto, para que al menos haya algo ostensible que nazca del alma; y levantan un sencillo pedestal en uno de los laberintos del Paseo de Ribalta, y allí está la efigie del gran Maestro Tárrega, como pidiendo justicia, por los que un día turbaron la paz de su sepulcro, homenajeándole con todos los honores del triunfador.

El Ayuntamiento, no obstante, le dedicó la antigua calle del Rosario, poniendo una lápida artísticamente labrada, en la que aparece sobre la caja armónica de una guitarra, el busto de bastante parecido del maestro, llamándose desde entonces la dicha calle de D. Francisco Tárrega.

Hasta aquí la vida del hombre; veamos ahora la obra del artista.

EL ARTISTA

Su obra

La crítica histórica, con todos los rigorismos que la verdad exige, ha venido a confirmar el origen de aquel instrumento, del que el llorado Maestro Tárrega hizo todo un arsenal de filigranas musicales.

La vihuela del Renacimiento, con su corte característico español, como dice el erudito crítico musical Sr. López Chavarri, nació ya de la guitarra morisca, y si allá en el siglo XIII el Arcipreste de Hita cita en sus cantares el uso de la vihuela de péndola, bien puede afirmarse que su uso en España sería habitual, si tenemos en cuenta los siglos de dominación agarena en nuestro patrio suelo.

No hablemos aquí del origen ni importancia de este sonoro instrumento; porque no es del caso desentrañar la verdadera influencia que en la época del Renacimiento tuviera para la polifonía en la historia del Arte; pues los límites de estos ligeros apuntes, no permiten abarcar aquellas ideas que no encuadren en el hermoso marco que ha de encerrar la gran figura del rey de la guitarra.

Verdad es, como dice el eminente polígrafo D. Felipe Pedrell, «que los vihuelistas de las pasadas centurias, eran hábiles en obtener sonoridades desconocidas del instrumento de seis cuerdas y caja plana, la guitarra, difundiendo su hermoso arte, por la gran ventaja que reportaba al tañedor usar de semitonos cromáticos, llevando en esto ventaja al arpa.»

Todo lo dicho viene a confirmar una vez más la grande influencia que en el campo musical imprimió la obra de Tárrega.

Si estudiamos atentamente cada una de las concepciones de su portentoso

ingenio, resulta pálido querer escudriñar sus secretos, muy suyos, al interpretar sus hermosas producciones musicales; entre las múltiples composiciones para su instrumento, observamos toda una gama de variantes en todos los estilos, que forman su peculiar manera de ser.

Entre sus obras editadas, y las que no lo son, se observa aquella difícil sencillez que debe campear en la obra de un Maestro que domina la didáctica musical; y ello no obstante, admiramos de paso una graduación tan ordenada en sus composiciones, que parece abandonarse su ingenio al azar, para después, caprichosamente, con graciosos devaneos, hacernos notar más su gran intuición artística en la obra fecunda y portentosa de su cultura musical.

¿Quién no ha podido apreciar las «Variaciones sobre el Carnaval de Venecia»? Aquella página respira toda alegría, risas juveniles, armonías festivas, que nos recuerdan las escenas más brillantes de las bacanales paganas; mas ¡cómo se personalizaban aquellas notas

arrancadas de aquellas cuerdas, por las yemas de aquel coloso de la guitarra!

No es posible desentrañar todas las obras del Catálogo que formaría su personalidad.

En ellas se dibuja claramente su concepción intuitiva para la melodía ideal, ora arrancando cadencias sublimes de clásica inspiración, evocando recuerdos de nuestra literatura clásica. «Capricho árabe», serenata, ora trasladando a la cuerda, aquella página plácida del inmortal Bethoven, en aquel *Largo* majestuoso op. 7 de sin igual grandeza y rítmica estructura.

II

En el Maestro Tárrega campean todos los estilos y todas las formas, ya alegres y festivas, como «Adelita», mazurka; «Rosita», polka, y «Marieta» mazurka, ya juguetonas y majestuosas como el célebre estudio de «La mariposa» y el «Andante de la Sonata núme-

ro 15 op. 28», conocida implícitamente con el nombre de Sonata pastoral del tudesco sordo.

Mas donde de veras campeaba su portentoso ingenio, era sin duda en sus transcripciones para guitarra, de los inmortales autores clásicos, Schubert, Hayden, Mozart, Bethoven, etc.; era entonces cuando divinizaba su delicado Arte; era cuando transformado en otro ser, a través de sus ahumados cristales, trasmudándose su rostro, severo, pero jovial y sencillo, hacía sentir las hondas emociones que en el alma anidan, abstrayéndose a todas las cosas del mundo real.

Por eso D. Francisco Tárrega y Eixea, el eximio artista, sabía captarse la simpatía de las multitudes, por su carácter sencillo y excesivamente modesto, y ese es para mí el secreto de la gran obra que llevó a cabo el malogrado cantor de nuestros aires regionales.

III

Ahora bien; la obra del Maestro Tárrega ¿puede unificarse en el sentido de formar un *Corpus*, para la Historia del Arte?

La pregunta, parecerá capciosa en la verdadera acepción que la técnica musical dá a aquella palabra.

Veámoslo:

A través de la vida del artista, se deslizan varias tendencias que van determinando su personalidad musical.

Hemos visto en su vida más o menos azarosa, llena si se quiere de contratiempos, puesto que nadie puede verse libre de ellos, que unas veces, parece seguir las huellas de aquellos que llenaron el campo musical de asombrosas dificultades, al parecer de imposible ejecución; otras veces le vemos sacudiendo el yugo de los Maestros, adelantándose a ellos y haciendo labor de titanes, cuando transcribe para su ins-

trumento los temas con variaciones de Bethoven, Schuman, etc.; otras en fin, llega al pináculo de la gloria, cuando abandonándose a sí mismo, en alas de su ingenio, reproduce con maravillosa exactitud aquellas *fugas* inimitables de Bach, enseñoreándose de aquellos fecundos Maestros, para hacer ver a las multitudes lo que puede dar de sí un virtuoso del Arte, y un Maestro esclavo de su instrumento.

En esas modalidades de la vida, adviértese siempre cierto desvanecimiento pueril que le hará olvidar—por el momento—sus pretéritas grandezas, mas no obstante, el espíritu de su siglo, le llevará en sacrificio de su Arte a consagrar sus energías todas, hasta conseguir el ideal del genio, para conducirse docilmente en vista de los componentes que determinan aquella fuerza interna que le hace sentir las plácidas y suaves impresiones de la Música.

Yo no puedo negar, que la influencia del medio ambiente ocasiona las más de las veces, ciertas transformaciones psíquicas, que modifican en cierto modo

la manera característica de ser de los individuos; es un fenómeno que se observa en la vida, y a sus efectos, no hay más remedio que atemperarse en fuerza de la realidad aplastante de los hechos; mas tengo para mí, que el llorado e inimitable artista de la guitarra, llevaba en gérmen aquella predisposición de los grandes hombres, que con sus tendencias de independencia noble, había de conseguir, aún sin pretenderlo, la formación de una *escuela*, única en su clase, que había de dar óptimos frutos en el dilatado campo de la crítica municipal.

Por eso, no hemos de ver únicamente en Tárrega, a un hombre entregado de lleno a la Música; fuera de ella, también sentía sus complacencias, y en la poesía y en la historia, y en la filosofía y en la religión, como dice *Chantavoine*, hablando de Litz, necesariamente había de sentirse subyugado, porque las Bellas Artes, tienen la atracción de lo suprasensible, abstrayendo nuestro espíritu y gozando en la contemplación de aquella imagen que for-

ma como el centro de gravedad de nuestro ideal supremo.

IV

Muchas veces acontece, que, leyendo en las obras de aquellos grandes líricos del Arte, Bethoven, Bach, etcétera, parece que el espíritu se solace ante la contemplación de tanta belleza, y el ánimo se reconcentra a sí mismo, para que el *mundanal ruido* no haga mella en nuestros sentimientos enagados, abstraídos ante la sublimidad de conceptos que encierran aquellas obras inmortales de nuestros incomparables Maestros; y es que entonces, la musa de la inspiración avivará nuestras inteligencias haciendo que se obre cierta reacción poderosa mediante las energías del genio, por cuya virtud se siente el placer que imprime el Arte; y creo por ello, que nuestro biografiado, no se vió libre de aquellas influencias, porque sus obras así lo delataban.

V

En efecto; en tres épocas dividiría yo la vida artística de Tárrega; primera, desde el año 1863 hasta el 1878; segunda, desde esta época en que empiezan sus correrías artísticas, hasta el 1891 en que efectúa su proyectado enlace matrimonial, y tercera, desde esta fecha hasta su muerte.

A poco que nos fijemos en detalles observamos: 1.^o La incesante solicitud de un hombre que siente nobles ansias de apurar un arte hasta conseguir una técnica brillante, para la consecución de un fin; lograr un puesto digno entre los enamorados de la música.

Entonces es el discípulo dócil que aprende con interés las lecciones del maestro, para atesorar riquezas de lirismo musical.

2.^o Sus correrías artísticas le llevan en aras de sus deseos, y el artista *novel*—si así se me permite—llevará el

bagaje del Maestro que cimenta su fama en los sillares de su admirable técnica; para no volver nunca jamás la vista atrás en el camino recorrido de sus laureles y brillantes triunfos.

Entonces es el Maestro docto que sienta cátedra de Arte, explicando sus lecciones al compás de sus favoritas producciones, demostrando, *a fortiori*, lo que puede el artista para convencer y seducir a sus oyentes en fuerza de la claridad de exposición que observa en el desarrollo de sus programas musicales; díganlo si no los innumerables conciertos dados en las varias poblaciones de importancia en Europa, y ello es el mayor argumento de fuerza que se puede aportar; y

3.º Contraído el matrimonio, la consolidación de su escuela que cada vez más acredita su señorío sobre las grandezas que atesora el genio inmortal de Tárrega, no olvidando jamás que aquellas producciones de su estilo, aunque ampulosas al parecer, nunca empañarán el brillo del artista, porque buen maestro y mejor técnico, sabrá no per-

der jamás el carácter que ha de imprimir a sus producciones para no dejarse traslucir el amaneramiento trivial del que no sabe o no puede asimilarse las ideas adquiridas en la escuela del Arte y en el templo del saber.

Tárrega, pues, no por estar influenciado de ingerencias extrañas, dejará de perder su gran personalidad, porque según los tratadistas, todas las formas del pensamiento humano excitarán en él cierta curiosidad, y ella le inducirá a despertar su espíritu, para abrirle nuevos y vastos horizontes musicales que muy pronto se dejarán traslucir en las diversas obras por él escritas.

Por todo ello, el rey de la guitarra se engrandecía progresivamente; por eso la psicología de las multitudes, esa corriente misteriosa que atrae hacia sí la simpatía de los públicos, nunca jamás dejó de vitorearle y aclamarle, porque si no comprendía, al menos, sabía sentir las intensas emociones que producen en las almas, esa trasfusión de sentimientos que sólo el arte de los sonidos puede llegar a imprimir.

Y si a eso se añade, la gran humildad rayana en exageración, si se quiere, de tan gran artista, tendremos bosquejado el cuadro de grandezas que Tárrega ha atesorado en beneficio de un Arte al que se consagró con una *vocación* claramente manifiesta y positivamente demostrada. Completemos estos trazos con la manifestación de su carácter, amante como el que más de las tradiciones de su patria chica, como él la llamaba, circunscribiéndose más particularmente a Castellón, y veremos en él al hombre jovial, de trato sencillo, de franca alegría y de cordialidad sincera, para sus amigos todos, que se preciaban y honraban de tenerle siempre a su lado, en fin, si vamos a concretar lo que se refiere a la ejecución de sus obras, a lo que pudiéramos llamar el *colorido de expresión* en la música, la palanca poderosa del sentimiento, sintetizando su análisis, diremos, que desde el «Andante gracioso—Minueto—de la sonata en *sol* Mayor n.º 20 op. 49 n.º 2 de Bethoven», transcrito por el artista, hasta el com-

plicado y delicado Trémolo de Gotzkal, para guitarra, en donde se resuelven cuantas dificultades de técnica se ofrecen, resultando por tanto, un verdadero encanto de gracia, sutileza y movimiento caprichoso, propio de ensueños o cosa de hadas — como Tárrega lo ejecutaba —; pasando por la célebre, alegre y regocigada «Jota» con todo el aditamento de panderetas y bandurrias, etc., etc., — sólo completamente — ofreciendo la impresión de una verdadera rondalla, todo ello manifestará a mayor abundamiento, la gran fuerza de expresión con que sabía matizar las obras todas de su vasto repertorio; podemos asegurar que eso era uno de los secretos de su adorado instrumento y ese era el verdadero *decir* de su noble vocación.

Yo quisiera sintetizar todo cuanto llevamos dicho en estos ligeros apuntes, condensando en pocas palabras un juicio justo, imparcial, recto, a fin de dar cima a este trabajo que por la gloria olvidada del Maestro he llevado a cabo; hojeando la hermosa obra del

erudito crítico musical de Valencia señor López Chavarri, en su «Historia de la Música», encuentro una página sublime que no dudo en transcribir; ella vale más por sí sola, que cuantos elogios mi tosca pluma pudiera dirigir; dice así:

«El más genial guitarrista, compositor y ejecutante de fines del siglo XIX y comienzos del actual, es Francisco Tárrega (1853-1910) (—debe ser 1852, según partida de bautismo—) espíritu delicadísimo, alma de artista. Entregado a su arte con devoción casi ascética, se creó una técnica suya, que producía en la guitarra una inmaterialidad ideal del sonido; sus obras, distinguidas y elegantes, presentaban felices transcripciones de música de *clavecín*, y de cantos populares muy diestramente adaptados al instrumento. Sus preludios para guitarra son de suma delicadeza. La expresión que daba a su ejecución, nacía de su exquisita sensibilidad, y de su prodigioso mecanismo, del cual nunca hiciera alarde, pero con el que obtenía efectos de «colorido»

increíbles. Por último, recordando a los antiguos «vihuelistas» españoles, cambiaba de tono a veces alguna cuerda, y adoptó el estilo polifónico a la guitarra (a la que no añadió cuerdas adicionales que la separasen del clásico modelo español de *seis*).

Así mismo, ejecutaba con sin igual maestría y poesía preludios y fugas de Bach y demás clavicinistas.

Tárrega fué un gran admirador del Arte; su ingenuidad y su bondad infinita le hacían adorar la Música, teniéndola como una religión. Abominaba la *posse* teatral de los virtuosos, y por no obligarse a ella, murió en humildad rayana en la pobreza, después de haber hecho por el extranjero *tournées* brillantes y productivas. Deja tras sí una escuela de discípulos de mérito entre quienes perdura el venerado recuerdo de su Maestro, y entre los que figuran Pepita Roca, los Sres. Pujol, Llobet, Fortea y otros. «Historia de la Música. E. López Chavarri, Tomo 2.º pág. 172 y 173».

He ahí al hombre; he ahí al artista.

Epílogo

Dejó ya el mundo de los vivos el gran soñador de las armonías que guarda en su seno la guitarra mora; su recuerdo no desaparecerá fácilmente en la Historia de la cultura patria, porque la obra de los héroes es siempre inmortal.

Castellón entre otras poblaciones, sabrá hacerle justicia cuando haya lugar de tributarle los honores del triunfo que por derecho le corresponden.

Al escribir estos apuntes y emborronar cuartillas, no me mueve otro impulso, ni me guía otra pretensión, más que la de cooperar con mis escasas fuerzas a que el Maestro sea conocido entre nosotros como dignamente merece; si he conseguido mi empeño, redunde todo ello en honor, honra y gloria del esclarecido Tárrega; y si nó, vengan plumas bien cortadas, que con aticismo en el decir, con abundante

copia de notas, y sobre todo, con ingenuidad sincera, cual el llorado artista, sabía ostentar, entre todos, tejamos una corona de laurel que ciña su frente; cantemos al artista ideal de nuestros cariñosos recuerdos, y elevemos al Cielo una plegaria por aquel que supo modular en tonalidades *casí* divinas las eternas canciones de nuestros incomparables clásicos, hasta que lleguen al trono de la eterna divinidad e incomparable belleza, Dios.

FIN

Apéndice bibliográfico · musical

NOTAS

1.^a Todavía no está hecho el catálogo definitivo de las obras del maestro D. Francisco Tárrega; pues son muchas las inéditas que se conservan; su reconstitución exige un intenso trabajo de investigación que hoy por hoy no es del todo fácil ordenar, dada la índole de las obras que producía y el escaso tiempo que disponía para escribirlas; muchas de ellas, «improvisaciones», de momento, maravillaban por su estructura, mas ello no obstante, nos consta que se podría encontrar mucho de lo bueno que escribió, debido a los manuscritos que guardan el hermano del artista, Vicente, y algunos amigos.

2.^a De las obras editadas, solo se conocen, las que publicó y editó la casa de Valencia Antich y Tena, que se

hallan anunciadas en los Catálogos de Música de aquella Editorial, y en las cubiertas de la publicación músico-religiosa, «Biblioteca Sacro-Musical» razón del cual no es del caso publicar íntegro en este lugar.

3.^a La obra que más éxito ha alcanzado después de su muerte, ha sido sin duda el «Capricho Árabe»; editada por algunas casas de España y a mi humilde y sincero parecer, es la obra por excelencia para la *Guitarra*, por su estructura característica, por lo blando, suave y muelle de su estilo en esa su melodía elegante; modelo acabado de refinamiento oriental, y más que todo, por el placer que respira aquella página incomparable de soberana grandeza.



